

# Una nueva ciudadanía para una nueva “normalidad”

La pandemia no es solo una crisis de salud, también está reblandeciendo los cimientos del orden económico, de corte neoliberal y rabiosamente individualista. Si no fuera por el sufrimiento de tantas personas y la pérdida de seres queridos, sería una lección de humildad valiosísima para la humanidad, que nos recuerda nuestra fragilidad y la del sistema y la urgencia de cambiar la dominante posición antropocéntrica por una mirada ecosocial e inclusiva.

AUGUSTO IBÁÑEZ PÉREZ. DIRECTOR CORPORATIVO DE EDUCACIÓN DE SM

**S**in duda, tras la crisis habrá una “nueva normalidad”, con cambios disruptivos en la forma en la que consumimos, trabajamos, aprendemos o nos relacionamos. Se habla del virus de la desglobalización, porque ha conseguido detener el vértigo de una economía basada en la lógica del mero beneficio económico, que debería cambiar por la lógica de las personas y del planeta. Es decir, es necesario virar a una globalización de la solidaridad, que dinamice con fuerza una economía centrada en las personas y el bien común, entendido

no desde el colectivismo, sino como lo que da sustento al Estado del bienestar económico y social.

## **Educar en ciudadanía global**

En nuestra aldea global los problemas son globales y hace falta cooperación mundial y una amplia perspectiva para resolverlos (no solo el del coronavirus). Como recuerda **Chomsky** en una entrevista reciente (por **Srećko Horvat**), de esta crisis saldremos, pero no pasará lo mismo con otras amenazas, como la crisis climática o la nuclear, frente a las

que la recuperación será imposible si no se abordan con urgencia. Por ello es tan relevante la llamada del Papa a un gran pacto para crear una “aldea educativa global”, porque solo la educación, con perspectiva global, puede salvarnos y salvar el planeta.

Esta preocupación por grandes retos globales (pobreza, calentamiento global, discriminación contra la mujer, migraciones, refugiados, xenofobia, pandemias) ha generado una intensa corriente neocosmopolita en torno a la necesidad de educar ciudadanos globales capaces de abordar



### ¿Por qué modelo apostar?

Al tratarse de un concepto emergente, la ciudadanía global tiene muchos enfoques posibles. Tan cosmopolita es la viajera inquieta que recorre incansable el planeta para empaparse de otras culturas, como el expatriado que actúa en los diferentes mercados de una gran multinacional, el migrante que busca una vida más digna en otros lugares o la voluntaria que desempeña su labor en regiones desfavorecidas. Son orientaciones muy distintas, aunque no necesariamente excluyentes.

Igualmente, la educación para la ciudadanía global admite planteamientos diferentes aunque, en la práctica, la mayoría de las iniciativas incorporan componentes similares (conocimientos, habilidades, actitudes, valores) articulados, eso sí, desde miradas diferentes. Estas iniciativas diversas confirman que la educación para la ciudadanía global no solo exige revisar contenidos y metodologías sino, especialmente, reformular el propósito de la educación, su sentido. Es significativo que la Unesco llegue a referirse a una “ciudadanía con sentido”. Por ciudadanía con sentido entendemos una educación para la ciudadanía soportada por tres pilares esenciales: la cultura del cuidado, la fraternidad cosmopolita y la cultura relacional.

estos desafíos y de contribuir a una nueva sociedad, más justa, inclusiva, pacífica y sostenible. La urgencia explica que la educación para la ciudadanía global haya pasado a formar parte de la Agenda 2030 y haya empezado a integrarse en currículos y políticas educativas. Ahora bien, “ciudadanía global” es un concepto en construcción, que bascula entre una orientación economicista y otra más humanista y solidaria. No es que sean incompatibles, porque la mirada humanista no es posible sin una base económica que permita su desarrollo,

pero requieren de un esfuerzo de articulación para complementarse.

La escuela debe ser consciente de estas tensiones y decidir cuál es la orientación de ciudadanía global que desea incorporar en su proyecto educativo. Por ello, no puede ser un mero espectador en este debate, sino un actor protagonista en la definición de su propia visión de ciudadanía global, del perfil de persona que quiere formar y del modelo de sociedad al que esta persona deberá incorporarse para aportar proactiva y positivamente.

### El eje de la “ciudadanía”

Llamamos “ciudadanía” a una ciudadanía inspirada en la ética del cuidado. El término se ha utilizado para incorporar a las mujeres en la construcción de ciudadanía como agentes invisibilizados y, más recientemente, por **José Laguna Matute** en *Escuelas que “futurean”*: “Junto con la ciudadanía cosmopolita, que busca establecer marcos legales de convivencia supraestatales, la «ciudadanía» propone crear vínculos compasivos de responsabilidades y vulnerabilidades compartidas”. Es algo bien fácil de >>

>> constatar en este tiempo de pandemia cuando comprobamos nuestra dependencia del personal sanitario, de los cuidadores de las residencias de ancianos, de las personas que atienden los pedidos del supermercado, de los repartidores a domicilio, etc. Generalmente personas invisibles, pero que ahora hacen soportable nuestro confinamiento.

En un mundo hiperconectado en el que los problemas globales desbordan la capacidad de respuesta de un país aislado, es necesario construir reflexivamente en cada alumno una ética del cuidado por uno mismo, por la humanidad y por la naturaleza, a través de los aprendizajes que se recogen en **DOC. 1** (adaptado de Díaz-Salazar, R. (coord.), *Ciudadanía global. Un impulso para la transformación de la educación católica*, SM, Madrid 2020, 48). Aprender a habitar y a transformar el mundo con sentido requiere formar a ciudadanos globales, con una ética universal de la responsabilidad por el presente y futuro de las personas y del planeta.

**El eje de la fraternidad**

En el *instrumentum laboris* para el pacto educativo global, se dice que la fraternidad expresa “la identidad objetiva del género humano y de toda la creación”, es decir, se trata de un elemento constitutivo de la humanidad. Sobre los cimientos de esta

fraternidad se construye el objetivo de formar ciudadanos globales con un sólido bagaje humanista y ético, preparados “no solo para vivir «con los demás», sino también para vivir «al servicio de los demás»”. En definitiva, se trata de un itinerario que va de la fraternidad al servicio, y que marca una de las claves diferenciales de la educación para la ciudadanía global en la escuela católica. Para recorrer este itinerario no hay recetas estándar. Cada comunidad educativa debe recrear su propia estrategia desde las raíces de su identidad y su carisma.

**El eje de las relaciones**

Algo que hemos aprendido de la crisis del coronavirus es que la labor esencial de la escuela no es reemplazable por ningún sistema tecnológico de distribución de contenidos, por mucha inteligencia adaptativa que se le ponga. La escuela es experta en humanidad, algo que las máquinas nunca podrán hacer por nosotros, y eso se construye a través de una tupida red de vínculos. Si la fraternidad y el cuidado son condiciones necesarias, la relación educativa y el compromiso con el cambio son las suficientes para pasar del “deber ser” de los grandes principios a la implantación, en la práctica, de “una educación ecológica integral [...] que brota de la plena conciencia de que «todo está conectado», «todo está en relación»”, como

indica el *instrumentum laboris*. La relación educativa surge así como un componente clave de la educación para la ciudadanía global, esto es, una educación plena para formar a unos ciudadanos capaces de comprender y afrontar los retos globales. Una nueva ciudadanía ecológica comprometida con la tarea de crear las bases de una sociedad más justa, solidaria y sostenible.

**Debate significativo**

En el *Diccionario* de la Real Academia Española, la primera acepción del término “católico” es ‘universal’. En efecto, el cristianismo primigenio proclama un modelo de fraternidad universal que desborda fronteras políticas, étnicas, lingüísticas o culturales, y que aporta matices muy significativos a la construcción de la ciudadanía global, cuyas raíces se entrelazan con las de los elementos identitarios de la escuela católica.

Esta orientación hacia un cosmopolitismo basado en la fraternidad y los vínculos confiere a la escuela católica una especial responsabilidad. Como explica **Pedro Aguado**, “a la necesidad de disponer de un proyecto claro, asumido y compartido, debemos sumar hoy una certeza evidente: entre los ejes de este proyecto ha de estar el desafío de educar para una ciudadanía global. Si no logramos que esta apuesta se convierta en un pilar fundamental, nuestra escuela dejará de ser la escuela católica que hoy quiere la Iglesia y que necesita nuestro mundo”. La escuela católica ha sido pionera en la construcción del concepto de ciudadanía global, pero tiene la responsabilidad de hacer frente al desafío propuesto por el Papa: poniendo a la persona en el centro, en un itinerario de ecología integral; invirtiendo las mejores energías con creatividad y responsabilidad para una educación a largo



**DOC. 1**

<b>Cuidado de uno mismo</b> (ética personal, autónoma)	<ul style="list-style-type: none"> <li>● Aprender a ser, a hacer, a aprender, a crear, a emprender.</li> <li>● Aprender a trascender, a llegar a ser.</li> </ul>
<b>Cuidado de los seres cercanos</b> (ética relacional, de la alteridad)	<ul style="list-style-type: none"> <li>● Aprender a vivir juntos, a cooperar, a cocrear, a establecer vínculos.</li> </ul>
<b>Cuidado de los seres lejanos</b> (ética cívica, socioética)	<ul style="list-style-type: none"> <li>● Aprender a formar parte de la sociedad, a sentir el sufrimiento, a participar activamente.</li> </ul>
<b>Cuidado del planeta</b> (ética global y ecológica, ecoética)	<ul style="list-style-type: none"> <li>● Aprender a habitar el mundo, a transformarlo, a responsabilizarse por el futuro de la humanidad y de la naturaleza.</li> </ul>

plazo; y formando a personas dispuestas a ponerse al servicio de la comunidad (es decir, educando ecoagentes globales de cambio).

¿Cómo son estas personas orientadas al servicio? El perfil de salida dependerá de nuestro nivel de utopía y ambición educativas, pero debería hacer emerger el potencial que tenemos los seres humanos para salir del presente y construir, entre todos, nuevos escenarios. Para generar este sueño compartido, aprovechamos la oportunidad que nos brindó la Unión Internacional de Superiores y Superiores Generales durante el seminario anual que organiza la Comisión de Educación en Roma, en el que el debate sobre la ciudadanía global ocupó un espacio central. De esa reflexión compartida surgieron propuestas sobre el perfil de persona que debemos formar en la escuela católica. Sintetizando las propuestas, podríamos estructurar las características del perfil en cinco grandes bloques:

■ **Estructura sólida de hábitos y virtudes.** Posee educación del carácter (honradez, perseverancia, empatía, autoconfianza, etc.). Actúa con coherencia entre sus principios éticos y sus comportamientos. Tiene compromiso con la justicia social. Asume la responsabilidad de sus acciones. Vive, piensa y actúa en un marco sostenido por principios relacionales (gratuidad, libertad, igualdad, coherencia, paz y bien común). Expresa y profesa en público sus valores éticos positivos, sin reducir su religiosidad a la esfera individual, privada y reservada.

■ **Competencia cívica local y global.** Es consciente de los problemas eco-sociales y actúa con generosidad al servicio de la sociedad. Posee sentido de interdependencia. Valora la familia como base del humanismo y como germen de una educación al servicio de todo el cuerpo social, basada en la confianza mutua y en la



reciprocidad de los deberes. Participa en la comunidad en una variedad de niveles, desde el local hasta el global. Trabaja con otros para hacer del mundo un lugar más equitativo y sostenible. Tiene capacidad y disposición para adoptar medidas constructivas hacia el desarrollo sostenible y el bienestar colectivo.

■ **Habilidades comunicativas y colaborativas.** Muestra una cultura del diálogo, en un marco ético de libertad e igualdad, reconociendo la dignidad de todos los interlocutores. Respeta y valora la diversidad. Es buen comunicador en más de una lengua. Es colaborador: trabaja en equipo, establece interacciones positivas con personas de diferentes contextos.

■ **Competencia intercultural y humanista.** Dispone de una cultura humanista global, en la que se muestra competente: religión, humanidades, política, globalización, economía. Es capaz de analizar problemas y situaciones de importancia local, global y cultural. Piensa de forma crítica. Comprende y aprecia diferentes perspectivas y visiones del mundo.

*Debería hacer emerger el potencial que tenemos los seres humanos para salir del presente y construir, entre todos, nuevos escenarios*

■ **Iniciativa, creatividad y capacidad para la resolución de problemas científico-técnicos.** Dispone de una cultura científico-tecnológica que le permite manejarse con competencia. Posee hábitos que lo habilitan para mantener sus metas con esfuerzo sostenido, y resiliencia para recuperarse y aprender de los fracasos. Es una persona imaginativa. Tiene espíritu emprendedor y liderazgo.

Y todo esto, ¿cómo se lleva a la práctica? Si algo puede debilitar la fuerza de esta propuesta es quedarnos en hermosas declaraciones que no lleguen a impactar en el día a día. Por ello, educar a ciudadanos para un mundo global exige, primero, la convicción de que este es un horizonte que merece la pena construir y, segundo, el compromiso de desarrollarlo con recursos y procesos bien diseñados y contrastados para asegurar experiencias de aprendizaje efectivas y memorables. En este sentido, la educación para la ciudadanía global con el enfoque anteriormente expuesto asegura, por un lado, una formación integral más acorde con un mundo en permanente cambio; por otro, nuevos perfiles profesionales con competencias para actuar en contextos supranacionales e interculturales; y, por último, un mundo más pacífico, justo e inclusivo, en el que se mitiguen los riesgos mundiales. Es, por tanto, una palanca de transformación de la persona y de la sociedad, pero también de la propia escuela. ●